

LA MISA DOMINICAL EN ALGUNAS PARROQUIAS DE SANTO DOMINGO

Por José Luis Sáez

Centro de Investigación de la Comunicación Social

Hace tiempo que un grupo de estudiosos de la comunicación religiosa se había propuesto hacer un análisis de la predicación en las misas dominicales en Santo Domingo, como parte de un estudio más amplio sobre la realidad pastoral dominicana. Para ello se habían escogido unas veinticinco parroquias representativas de los sectores de la capital, y un domingo para hacer la recogida de datos, grabación de homilias y estudio consiguiente.

Como el día elegido para realizar la investigación, coincidía con la celebración de la fiesta de la Virgen de Altagracia, pensamos que a pesar de su carácter atípico podía facilitarnos datos de sumo valor que nos permitiesen calibrar el contenido ideológico de la devoción mariana en la iglesia dominicana. de esta manera, hubiéramos podido estudiar hasta que punto la predicación, incluso en forma externa, ayuda a mantener una devoción de dudosa mariología, en vez de encuadrarla en una sana eclesiología. Hubiéramos podido, incluso, investigar la imagen que presenta de la mujer, al hablar de Nuestra Señora como modelo de mujer.

Sin embargo, cuando creíamos llegado el momento de planificar nuestra recogida de datos para el estudio de la predicación en las parroquias, se nos planteó el problema de toda esa serie de elementos de la celebración litúrgica que, a pesar de no ser "verbales", son tan dicentes como la predicación misma (signos, gestos, instrumentos, etc.) que hemos descuidado en muchas ocasiones, reduciendo nuestro afán de adaptación litúrgica a una mera traducción de textos.

Cuando la celebración del Domingo se reducía a una participación, más o menos conscientes, en unos ritos en una lengua extraña, la palabra de Dios llegaba a los fieles casi exclusivamente a través de la predicación. El resto de la celebración, que con su riqueza de símbolos debía ser expresión de la fe de la comunidad, permanecía terreno vedado al no iniciado. El único acceso que le quedaba abierto a la divinidad era la devoción privada (el manual de oraciones, el misal, los "quince minutos") porque éstos se acercaban más a su lenguaje. Los símbolos que debían ser medio de lo sagrado como dice Paul Tillich-, se convirtieron en obstáculos de comunicación en vez de actuar como vehículos de expresión y celebración de la Fe.

Después de pasar sucesivas "traducciones", la liturgia apenas ha logrado que el pueblo --el verdadero actor de la celebración-- abandone su postura de espectador pasivo ante unos símbolos extraños a la sensibilidad de los fieles.(1) Incluso el nombre de "celebración" resulta inapropiado para un acto en que los participantes obtienen escasa satisfacción para sus ojos, poca para sus oídos y ninguna para su sentido del movimiento -- sin decir nada del ritmo --, que parecen haber quedado relegados a un segundo plano en una liturgia que conserva aún el hieratismo de su origen romano.

En el incremento o estudio que nos propusimos hacer, no intentamos simplemente buscar los "porque" del descenso en la asistencia a la misa dominical en un centro urbano (Cfr. Estudios Sociales, enero-marzo 1968, p.41 ss). Sin embargo,

la mera descripción del fenómeno puede facilitar al estudioso de la problemática socio-religiosa dominicana, una serie de elementos que deberían incluirse en un análisis serio, y que probablemente influyen en el católico "práctico" como instrumentos de control, aunque lo hagan en menor grado que la predicación, DIRECTA. (2)

Basándonos en estudios previos, entre ellos el realizado por la diócesis de Vich (España) en 1963 (3), comenzamos por elaborar un cuestionario que sirviese de pauta de análisis en nuestro estudio de la misa dominical. El cuestionario básico seguido en la observación y consiguiente análisis, fue el siguiente:

- 1) Tipo de "congregación" asistente
2. Edad promedio
- 3) Duración y puntualidad de la misa.
4. Participación del pueblo.
 - 4.1. Lectores (seglares, religiosos, edad)
 - 4.2. Atención de los fieles a las lecturas
 - 4.3. Respuesta a las aclamaciones (Plena, a media voz)
 - 4.4. Recitación de las oraciones (Gloria, Credo, Padrenuestro)
 - 4.5. Oración de los fieles (si la hay: espontánea, leída por un seglar, referente a las lecturas)
 - 4.6. Saludo de la Paz (apretón de manos, abrazo "estilizado", saludo "a distancia")
 - 4.7. Comunión de los fieles
 - 4.8. Música (cantos, Schola, instrumentos típicos, órgano...)
5. Celebrantes:
 - 5.1. Edad del celebrante
 - 5.2. Tipo de ornamentos (color, estilo, "presencia")
 - 5.3. Tono adoptado en las oraciones (declamatorio, desganado, en comunicación con el Pueblo)
 - 5.4. Acústica (micrófono, defectos de pronunciación)
6. Objetos litúrgicos:
 - 6.1. Vasos (cáliz, copón, patena...)
 - 6.2. Otros objetos
 - 6.3. Adornos (velones, flores, macetas, cuadros...)
7. Predicación:
 - 7.1. Duración de homilía (corta, normal, larga...)
 - 7.2. Lenguaje y tono (sencillo y comprensible, demasiado "técnico", afectado, anacrónico, con lugares comunes)
 - 7.3. Motivación (basada en los textos de la misa, tema desplazado, tema genérico de la fiesta)
 - 7.4. Validez teológica (correcta, imprecisa, anacrónica, actual y adecuada)
 - 7.5. "Predicación marginal" (avisos antes o después de la homilía, explicaciones, etc.)

Algunos de los resultados.

Las 26 misas que incluyó nuestro estudio representan el 55% de las parroquias activas en las cinco zonas de la ciudad de Santo Domingo. En la muestra estuvieron representados casi todos los sectores de la ciudad capital, incluyendo dos parroquias de la Arquidiócesis, fuera de los límites de la capital -una en la Victoria otra en el Ingenio Quisqueya. (4)

Aunque predominan las misas de duración normal (alrededor de 40 minutos, incluyendo la homilía), es preciso destacar que 7 de las misas observadas duraron 50 minutos, 5 pasaron de una hora, y una de ellas duró 80 minutos. No faltaron los casos de duración inferior a la "normal": cinco de las misas oscilaron entre los 30 y los 35 minutos. En la mayoría de los casos (92%), la misa comensó con relativa puntualidad.

Menos de la mitad de las misas observadas contaban con un lector seglar, que en la mayor parte de los casos es varón y pasa de los 25 años de edad, aunque también se contó el caso de tres lectores de unos 16 años de edad. Sin embargo, probablemente por las traducciones del leccionario empleadas en la misa, y por el hecho de continuar la entrada de los "rezagados", la atención de los fieles a la liturgia de la palabra --excepto el caso de la homilía--, en muchos casos se hace prácticamente imposible.

En más de la mitad de las misas, los fieles respondieron a las aclamaciones "a media voz", mientras un 34% aproximadamente recitó en común las araciones (Gloria, Credo y Padre Nuestro), y respondió en voz alta a las aclamaciones (Kirie, Agnus Deis, etc).

El 38% de las encuestadas, son misas con cantos entonados por la mayoría de la comunidad, aunque en 5 de ellas, una pequeña schola se encarga de amenizar la misa e intenta que la comunidad se le una en los cantos ("Señor, ten piedad", "Gloria y otros). Diez de las misas observadas fueron armonizadas por un organista, mientras 9 contaban con Guitarras u otros instrumentos típicos.

Apenas se contaron casos de oración de los fieles (un 25% aproximadamente), y de éstos la mayor parte consistió en la lectura, por parte del celebrante o un lector seglar de algunas preces publicadas en 1966 por PPC en Moniciones. En pocos casos (unos cinco aproximadamente), se dió cabida a la oración espontánea de los presentes, o se hizo alusión a las lecturas de la misa.

El "saludo de la paz" se intercambié prácticamente en todas las misas encuestadas, aunque su forma varía en el grado de intimidad que existe entre los miembros de la comunidad. La forma más común parece ser el abrazo "estilizado" --un poco a la manera del "amplexus" litúrgico romano--, aunque también se registran casos de apretones de manos, e incluso el socorrido saludo "a distancia". Ordinariamente, el saludo se intercambia a la señal del sacerdote, sin necesidad de que éste lo transmita primero a la persona más cercana.

La homilía

Hemos clasificado las homilías, siguiendo las categorías del estudio de Vic antes citado, de la siguiente manera:

	Número de homilías regist.
Cortas (hasta 6 minutos)	2
Normales (de 7 a 10 minutos)	9
Largas (de 11 a 15 minutos)	9
Excesivas (más de 15 minutos)	5
TOTAL	25

Como se podrá apreciar, el tiempo promedio de las homilías registradas oscilo entre 7 y 15 minutos. De las "excesivas", una duró 35 minutos, otra 27 y otra 30 minutos. Solamente dos de las homilías contaron con la participación espontánea de los fieles y en una se repartió previamente un esquema mimeografiado de

las ideas expuestas.

Como era de temer, más del 50% de las homilias recogidas no se atuvieron a los textos leídos en la misa, sino que explotaron el tema genérico de la devoción altagraciana. (5)

En dos casos, el predicador aprovechó la ocasión para denunciar a los que atacan la devoción mariana. En otros dos casos, el predicador agotó sus dotes literarias describiendo la Basílica de Higüey y narando la historia de la devoción altagraciana. Incluso se registraron dos casos de defensa del celibato.

Únicamente en tres casos se concretizó la devoción mariana en la imitación de las virtudes maternales en pro de los demás. En un 25% de los casos, el predicador —en tono denunciador, naturalmente— aprovechó para fustigar los consabidos “males dominicanos” e incluso se dió el caso de un predicador en un sermón radiado, que recriminó a la Jerarquía por sus frecuentes alusiones a la justicia social que desvirtúan el mensaje “sencillo” del cristianismo.

En cuanto a la validez teológica del tema tratado por un 50% aproximadamente de las homilias computadas, es preciso apuntar que acusan cierto desenfoque que se hace evidente incluso en la forma externa de la predicación, con frecuencia de sabor retórico. Cuando no se desplaza abiertamente a ilustrar la homilía con largas anécdotas de imaginiería monárquica, el predicador se dedica a ensalzar las virtudes de la virgen de tal modo que resultan claramente inasequibles para el cristiano promedio, convirtiéndola así en objeto de adoración, pero no de imitación. Si a eso se suma, como ya mencionamos más arriba, las apologías del celibato, no sería extraño que los fieles acrecentasen su devoción por los santos por considerarlos más cercanos y, como ocurre en nuestro sistema socio-político, capaces de mediar e interceder ante los “poderosos”.

Además de la imaginiería oratoria que acusan la mayor parte de las homilias observadas, los predicadores mantienen un tono paternalista-conciliatorio en la exposición de un tema que adolece de una base teológica clara, de escasa repercusión eclesiológica, únicamente respaldada por lo sentimental. Sería sumamente interesante el estudiar las posibles variaciones que haya experimentado la imagen de la Virgen de la Altagracia como protectora de los débiles, a partir de la desaparición de la Dictadura.

Además de tratar en sus homilias del tema genérico mariano (50%), sin hacer alusión a los textos leídos en la misa del día, los predicadores que se atuvieron a ellos redujeron su predicación al Evangelio (Lucas 1, 26-38 en su mayoría) creando en los fieles que logran prestar atención a las lecturas, la impresión de que las lecturas del Antiguo Testamento y del Nuevo vienen a ser un mero “relleno”, en la mayoría de los casos, porque apenas se alude a ellas.

En cuanto al lenguaje y tono que adoptaron los predicadores, predominaron los de lenguaje sencillo y comprensible, a pesar de que el tema y el enfoque estuviesen alejados de la vida y los intereses de su auditorio. Aproximadamente el 56% (14 homilias) están en esta línea, solamente 4 de las homilias observadas podrían calificarse de demasiado técnicas en el vocabulario empleado, aunque aun éstas hacen uso de “lugares comunes” teológicos.

Con frecuencia la construcción de la homilía adolece de falta de claridad, a pesar del lenguaje empleado, y se da el caso de predicadores que parecen “perder el hilo” de las ideas que habían intentado exponer, probablemente debido a la escasa preparación próxima en su predicación.

En cuanto al tono adoptado, hubo 9 homilías que entrarían de lleno en la categoría de "denunciadoras". Varias estuvieron pronunciadas con un tono desgastado, e incluso una de ellas tenía cierto "tonillo". Un buen porcentaje de las homilías entran en la categoría de "conciliadoras" (unas 12 aproximadamente), aunque habría que distinguir las que adoptaron un tono y vocabulario marcadamente paternalista, repitiendo con frecuencia "hermanos" o "queridos hijos".

No faltan los casos de absurdos teológicos o afirmaciones tajantes, a manera de frases hechas, que probablemente se deban a la falta de preparación antes mencionada, o a falta de recursos didácticos. Así, alguno afirmaba que "María es reina porque Cristo es Rey y además porque el Papa le dió el título". Otro, interesado en hacer la historia de la devoción mariana en Santo Domingo, llegó a afirmar que ya existía "en la isla antes de la colonización", aunque más adelante afirmaba que "la devoción vino de España en 1506". Otros vieron la ocasión pintada para atacar a los opositores de la devoción altagraciana, o simplemente ensalzar los bienes del celibato: "Es el camino más sublime para llevar una vida cristiana... también de aquí, de entre Uds., Cristo quiere sacerdotes y monjas para servirles; pero lejos del matrimonio".

En un buen número de las misas observadas (20) no se hicieron anuncios antes o después de la predicación, mientras el resto aprovechó incluso la predicación para exhortar a los presentes a inscribirse en tal cofradía, o unirse a las actividades catequísticas o benéficas de la parroquia. En dos de las misas, mientras el párroco hacía los anuncios al final de la misa, y en espera de la bendición, el público comenzó a desfilar por lo avanzado de la hora.

En la recitación de las oraciones --en su mayor parte leídas del misal--, el celebrante adoptó un tono recitativo, aunque también se observaron ejemplos de "somonete", que el celebrante abandona la predicación o en los avisos. Sin embargo, en un buen número de las misas observadas, el celebrante trató de establecer comunicación con su auditorio y de esmerarse en la recitación de las oraciones. Su "presencia" (modo y estilo de vestir los ornamentos), y sus gestos son, en la mayoría, un poco descuidados. No faltan quienes entrecierran los brazos mecánicamente después de enunciar el "oremus", o elevan el cáliz y la patena cuidando más del equilibrio que del simbolismo de la acción. En la mayoría de las misas observadas, el celebrante parece relegar o descuidar por completo la acción, el movimiento y los gestos, como si se tratase de algo sin importancia en la comunicación religiosa.

El altar, incluso en el que se celebra, aparece con frecuencia recargado de utensilios innecesarios: un misal, un leccionario, un ejemplar de *moniciones*, un pequeño almohadón para el misal, dos candelabros, un micrófono, las vinajeras, la llave del sagrario, y dos floreros pequeños, de tal modo que el centro de atención queda desplazado, sobre todo si el lenguaje mismo resulta ininteligible a la mayoría de los presentes.

En las iglesias que no disponen de un altar dedicado a la Virgen de Altagracia, ese día se colocó cerca del altar principal un cuadro rodeado de floreros, velas y otros utensilios litúrgicos. En una de las iglesias visitadas, el altar mayor contenía a duras penas 23 velones, 6 candelabros altos, 17 floreros y 8 macetas de palmas, de tal manera que apenas quedaba espacio para abrir el sagrario.

Aunque nuestro interés no era el computar el número de comuniones que se repartieron ese día en las misas encuestadas, es preciso anotar que la participación de la eucaristía fue numerosa, y en pocas se repartió la comunión en formas presentadas por los asistentes durante el ofertorio.

Sin pretender dar una visión completa de la celebración del domingo en las parroquias de la capital, de los detalles que nuestro grupo pudo observar en esas 26 parroquias visitadas, podríamos aventurar algunas conclusiones. Si intentásemos hacer un balance del pequeño estudio que nos propusimos, en la parte positiva deberíamos incluir los siguientes datos:

- participación del pueblo en cantos y oraciones.
- predicación en un lenguaje sencillo y comprensible.
- participación numerosa en la recitación de la eucaristía.
- participación de los seglares en la liturgia de la palabra.

En la parte menos positiva del balance deberíamos incluir lo siguiente:

- falta de adecuación de la predicación al tiempo y a la asamblea.
- imprecisión teológica del mensaje presentado.
- descuido de la comunicación con la asamblea fuera de la predicación.
- descuido de la "plasticidad" de la celebración.
- inadaptación de la acción litúrgica al tiempo y al tipo de asamblea.
- inadaptación del mismo lenguaje (expresiones idiomáticas, etc) al tipo de auditorio.
- poca participación de parte de la asamblea, que sigue presenciando y no actuando.

NOTAS

1. Cfr. C. Vogel "El ministerio en la vida de la iglesia", *Concilium* (2), P. 152 ss.
2. Cfr. *Estudios Sociales* (enero-marzo 1968) P. 43
3. Vease *Phase* (Febrero 1971) P. 27 ss.
4. En el estudio estuvieron representados los sectores siguientes: Ciudad Intramuros, Ciudad Nueva, San Carlos, Santa Bárbara, Ensanche Ozama, Ensanche Luperón, La Esperilla, Bella Vista, Ensanche La Fe, Barrio de los Maestros, San Juan Bosco, Gascue, La Primavera, María Auxiladora, Guachupita, Los Guandules, Honduras, y los Minas.
5. Téngase en cuenta que para la fiesta de la Virgen de la Altagracia, se cuenta con dos formularios --uno publicado por la Arquidiócesis de Santo Domingo en Enero de 1969, y el otro adoptado por el Obispo de Higüey-- y que muchos sacerdotes prefieren seleccionar las lecturas de las opciones del leccionario para las fiestas de la Virgen.